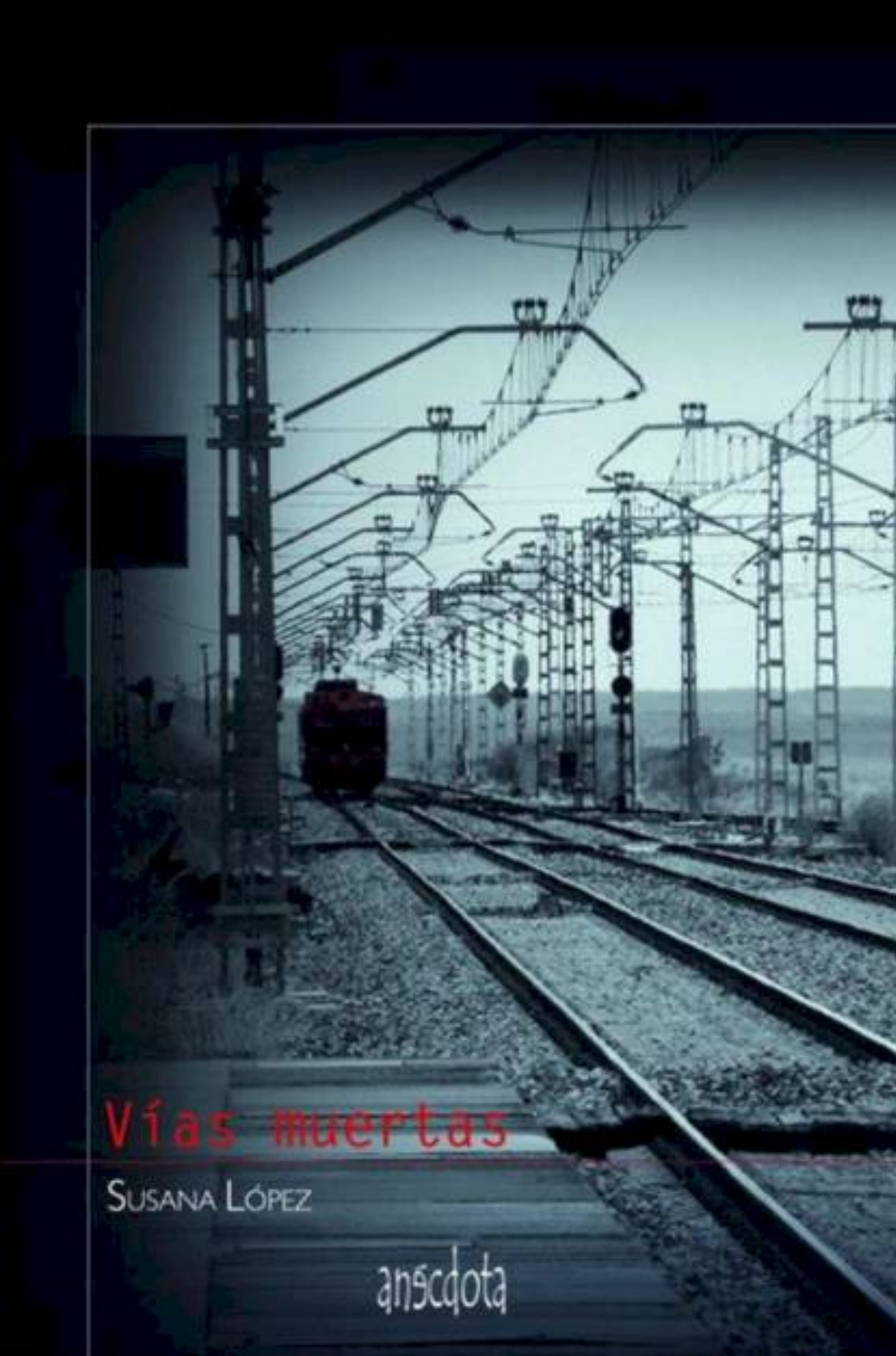

Vías muertas
Susana López
anagrama

Vías muertas

Susana López

Primera edición, mayo de 2013
© Susana López, 2013
© De esta edición
SEPHA Edición y Diseño, SL., 2013
Biedmas, 4
29008 Málaga
www.editorialsepha.com
pedidos@editorialsepha.com
Colección Anécdota
Director editorial: Gonzalo Sichar Moreno

ISBN: 9788415819851

Diseño eBook y distribución digital
Lituralia Inc.
www.lituralia.com

Índice de contenido

Vías muertas
- I
- II
- III
- IV
- V
- VI
- VII
- VIII
- IX
- X
- XI
- XII
- XIII
- XIV
- XV
- XVI
- XVII
- XVIII
- XIX
- XX
- XXI
- XXII
- XXIII
- XXIV
- XXV
- XXVI
- XXVII
- XXVIII
- XXIX
- XXX
- XXXI

XXXII
XXXIII
XXXIV
XXXV
XXXVI
EPÍLOGO

A mis padres, Berta y Cardi

Todo el que no quiere ver sus pecados,
se los echa a la espalda, y los pecados ajenos los pone
muy a la vista; no por diligencia,
sino por envidia; no para remediarlos,
sino para acusarlos; pero de sí mismo se olvida.
San Agustín

Dios perdonará a los que le niegan; pero
¿qué hará conlos que cometen maldad en su nombre?
Jacinto Octavio Picón

I

El inspector de policía Pérez Jiménez está convencido de que su dosis de buena suerte para esta vida se consumió de golpe el día en que se libró por chiripa de una muerte segura. De eso hacía más de un año. Aquel tres de noviembre la muerte le esperaba socarrona, disfrazada de bomba lapa y agazapada en los bajos de su coche. Desde que hacía siete años el inspector había sido destinado a Bilbao, con más incremento de miedo que de sueldo, tomaba todas las precauciones posibles. Pero al ir a abrir la puerta del garaje de su casa, Argimiro Pérez se dio cuenta de que había olvidado las llaves en su pisito. Así que dio marcha atrás y aparcó en un espacio libre junto a la acera. Subió de dos en dos las escaleras, con la idea de recuperar las llaves y dejar el coche donde debía, pero el estómago le dijo algo desagradable y tuvo que ir al baño. Su esposa, Marisa Barros, conocida en el barrio como «La Sabrina» por el extraordinario parecido en todos sus atributos a una efímera cantante italiana que tuvo su instante de gloria en la televisión de los años ochenta, esperó a su marido en el pasillo con un taladro en la mano.

—No espero ni un minuto más, Argimiro. O me cuelgas el cuadro que compré el mes pasado en El Corte Inglés o te taladro la cabeza.

Argimiro quiso protestar pero pensó que, en el fondo, la mujer tenía razón. El cuadro, una reproducción barata de un Sorolla, que a juicio de la Sabrina hacía juego con la tela azul del sofá, llevaba un mes apoyado en la pared de la salita, y la esposa, buena cocinera, excelente ama de casa y

pedazo de hembra en la cama, bien merecía ese pequeño gusto. Así que Argimiro se quitó el traje y se puso el chándal del Real Madrid que ella le había regalado por Navidad: Marisa le echaba en cara que no se lo pusiese los domingos para ir a correr, o a pasear, o a tomar unas rabitas, y él intentaba explicarle, sin éxito, que ese chándal era una auténtica provocación en las calles de Bilbao.

Mientras el policía colgaba el cuadro con más de una dificultad —manejaba bien un arma pero las chapucillas caseras le venían grandes—, su mujer preparaba una exquisita cena a base de empanadillas, ensalada y filetes de liba. Argimiro olió a aceite frito y el estómago, recién desalojado, le gritó en otro tono, con ese ruido poco decoroso, crujiente y dilatado de las tripas móviles que dicen tengo hambre y si no me das algo sólido te las voy a hacer pasar canutas. Ambos miraron complacidos el efecto que producía el cuadro sobre el sofá y, de inmediato, se sentaron alrededor de la mesa de la cocina. Al terminar la naranja de postre, que a buen seguro le iba a garantizar a Argimiro nuevas orquestas interiores, el policía se dio cuenta de que el coche seguía en la calle. Pero la pereza le pudo y se dijo «¡Joder, por una vez no va a pasar nada, sería demasiada casualidad!».

Dos tipos vestidos de oscuro, con las caras medio tapadas con bufandas escocesas, se acercaron a las dos y diez minutos de la madrugada al coche del inspector. Uno se tumbó boca arriba y se deslizó bajo el Renault. Apenas tardaron unos minutos y se marcharon corriendo, riendo y dando saltos como los niños. Probablemente la descripción de los hechos fue exagerada con estos matices por Milita, una vecina del portal de enfrente, que vivía en el primer piso, y que era conocida en el barrio por su afición a fisgar. El gusto le venía de lejos, de una madre y una abuela que fueron porteras, y también del hecho de que Milita sufría de insomnio y pasaba muchas noches junto a la ventana observando el espaciado ir y venir de algunos vecinos. O quizás se desvelaba precisamente porque el deseo enfermizo de saber los tejemanejes de los demás no le dejaba dormir; tal

vez pensaba que, tan alejada de la ventana, podría perderse algo digno de ser contado. Milita sabía, por ejemplo, que la hija de Dulci tenía un novio reconocido, el que entraba en casa, y otro en secreto, una especie de *punky* vestido de negro y tachuelas brillantes. El novio formal la dejaba en casa a eso de las diez y el otro venía de vez en cuando hacia las doce de la noche y esperaba con un pitillo en la boca a que la muchacha saltase por la ventana de su cuarto —el vivir en un bajo facilitaba las cosas—. ¡Menudo trajín!, pensaba Milita, que sin embargo aún no había revelado su conocimiento a la madre, no por el deseo de proteger a la hija, sino porque intuía que si dejaba que los acontecimientos discurriesen de forma natural, la historia tendría más jugo.

Aunque la señora Milita no tragaba al inspector y envidiaba los pechos de Marisa, el afán de protagonismo y un adecuado sentido del deber, la llevaron a coger el teléfono y avisar al policía de lo que acababa de ver. Argimiro Pérez Jiménez sintió un pánico irracional —al fin y al cabo se había librado por esta vez— y llamó a la comisaría. Su nervioso discurso incoherente dificultó que el agente entendiese bien el mensaje, pero media hora después, los expertos llegaron a su calle y acordonaron la zona. La larga espera la hizo Argimiro a unos metros de su coche, impidiendo que los escasos transeúntes, entre ellos la niña de Dulci, se acercasen al automóvil. Efectivamente, en los bajos había una bomba que los artificieros supieron desactivar y Argimiro, su mujer y el resto del vecindario, suspiraron cuando todo hubo terminado, pero ninguno volvió a pegar ojo en toda la noche.

Cuando el matrimonio volvió a su casa, varios vecinos se quedaron haciendo corrillos, vomitando su ira:

—¡En este país no se puede vivir!

—Pues tal y como está la situación, los policías deberían vivir todos juntitos, en barrios cerrados, que la gente normal no tiene por qué apechugar con su riesgo.

—Eso mismo digo yo, que por qué tenemos que arriesgarnos nosotros, si esto llega a estallar, cualquiera podría

haber palmado.

Argimiro sabía que en el barrio nadie estaba contento con su presencia y de hecho, apenas le saludaban, unos por miedo, otros por temor al qué dirán.

—Voy a pedir otra vez que me devuelvan a mi destino anterior, Marisa. Esto no es vida.

—¡Y que lo digas Argimiro! ¡De buena nos hemos librado! —decía la mujer sollozando.

Argimiro está convencido de que aquella noche su buena suerte había muerto por extenuación. Nunca más le acompañaría. Consiguió el traslado a la ciudad de Segovia, que no era su anterior destino, pero que al menos se parecía un poco a su León natal en una forma de vida más sosegada, más tranquila, con un crimen de Pascuas a Ramos y sin ningún atentado terrorista. Pero para cuando llegó a la ciudad del acueducto la vida ya se le había vuelto del revés: su mujer le había abandonado por otro, un agente de seguros al que ella abrió la puerta un lunes y a quien contrató una póliza de vida solo por amor. Argimiro reconoce que el hombre es especialmente apuesto y en cierto modo entiende a su esposa, tan sensible, tan necesitada de un cariño que él con su estrés permanente apenas podía proporcionarle. Lo que no comprende el inspector es que Marisa se fuese sin más explicación que el mensaje de una carta vergonzosa, sin siquiera arreglar los asuntos de dinero, sin hablar sobre los trámites de la separación, y mucho menos habiéndose llevado las tarjetas del banco y los talonarios. Las cosas pueden acabar de otro modo.

El inspector estuvo dos meses muy deprimido a causa de aquello y la pérdida total de su coche en medio de una galerna, no hizo sino acrecentar su convicción de que la mala racha se había posado sobre su cabeza como el tronco gordísimo que había caído sobre su Renault Megane —veinte letras aún sin pagar, seguro a terceros—, en plena Gran Vía de Bilbao.

Luego vino lo del fraude: el hombre había ingresado lo poco que le había quedado tras la separación en una nueva cuenta de una sucursal de un banco, o al menos eso creía

él, porque el director de la entidad hacía ver que ingresaba el dinero y luego se lo metía al bolsillo. Nueve mil euros se esfumaron junto con otros doscientos mil que el pícaro bancario saqueó a otros clientes y que ahora deben circular indecentemente entre las mulatas de alguna isla paradisíaca. Cuando Argimiro recibió la notificación de que iba a ser trasladado a Segovia respiró: estaba seguro de que le esperaría una vida más barata, pocos crímenes, y probablemente más cordialidad entre la gente de esa pequeña ciudad del interior.

El inspector ha alquilado un pequeño apartamento en el casco histórico, en una calle adyacente a la Plaza Mayor, desde cuyo balconcito (donde piensa colgar sus calzoncillos en un tenderete portátil), puede ver la cúpula magnífica de la catedral, la cual desde que visitó por primer vez la ciudad milenaria se le antojó más redonda que las demás, por lo que acabó asociando estas redondeces a un espacio más humano, más acogedor, de brazos tendidos y suaves arrullos, como el oso de peluche que siendo un niño le tocó en una tómbola y cuyo destino imagina en el cubo de la basura de su adolescencia. Al piso de Argimiro Pérez hoy lo llamarían *loft*, que es palabra impuesta por las hordas conquistadoras del idioma inglés y que viene a describir una vivienda sin tabiques, ideal para solteros. La buhardilla, que es el vocablo más cercano y más inteligible para el común de los castellano—parlantes, ha sido reformada recientemente y tiene una cocina pequeña pero tan moderna que hasta dispone de microondas (sin *grill*), abierta a un salón amplio de decoración tan minimalista que carece de cuadros y alfombras, en una de cuyas esquinas, y tras un biombo de tienda de artículos de importación indonesios, se esconde una cama grande sin mesillas. La única pieza de la casa que dispone de puerta y tabique es el baño —sin bañera, que no se lleva—, con una ducha tipo porción de tarta. El decorador de interiores (profesión nueva muy al uso que distingue a estos diseñadores de esos otros que decoran cosas menores como ornamentos florales, o lápidas de muertos, o escayolas de techo, o escaparates de tiendas)

cedió terreno al salón en detrimento del baño, que resulta incómodo por su estrechez, la pobreza de dimensiones de su lavabo sin pie y la falta de bidet que el inspector, propenso a las almorranas, echa de menos cada mañana. El pisito se lo ha alquilado un niño rico de Madrid que se ha afincado en la tierra de sus antepasados, recuperando de paso el negocio de la rentas, a donde ha ido buscando un poco más de tranquilidad o huyendo probablemente de las malas compañías de polvo blanco, a instancias de una madre que lo iba a desheredar, pero estas son suposiciones del inspector que, a falta de compañeros con los que hablar en una ciudad nueva, se entretiene inventando historias adecuadas para todo aquel con el que se topa en su nueva vida.

Cuando Argimiro vio el piso, o *loft*, o apartamento, o lo que sea, tuvo un arrebato de nervios: si no lo cojo ahora me lo quitan, me lo quitan, y lo arrendó sin detenerse a pensar en la posibilidad del regateo. Acostumbrado a vivir en una casa pobre y mal iluminada de Bilbao, de paredes atiborradas de cuadros y chucherías, con cientos de mantelitos bordados, que en palabras de Marisa no solo hacían bonito sino que además protegían las mesas, las cuales no eran precisamente antigüedades inglesas sino mobiliario adquirido en una conocida central del mueble barato y pretencioso, y finalmente acosado por ordinarios recuerdos de Játiva, Altea, Torremolinos, Ciudad Real, Biarritz o Mérida, la vivienda casi vacía de la calle Cronista Lecea le pareció el paraíso. Sin que la razón se lo impidiera, se sintió por un segundo una especie de Richard Gere o de George Cluny en su piso ultramoderno de Manhattan que, sin miedo al reproche, puede ser presentado a fugaces señoritas, dispuestas a tener una aventurilla con un hombre que el sábado por la noche deja de ser madero y se convierte en agente de bolsa, propietario de un concesionario de coches, o periodista sabueso.

Pero también el estreno de ese paraíso en medio de una ciudad empedrada ha sido angustioso. Durante una semana, Argimiro ha vivido sin luz ni agua corriente. El pro-

pietario es lento en todo menos en cobrar la renta —dos por adelantado—, y le ha costado lo suyo ir a dar el alta al centro de abastecimiento de aguas y a la central eléctrica. Probablemente, la cocaína y el no haber dado un palo al agua en su vida lo han ralentizado. Al final Dios hizo el agua y al día siguiente hizo la luz porque Argimiro, fuera de sí, se presentó en la casa del niño pijo madrileño y sacó la pistola para intimidarle, y aunque descargada, la visión del mortífero aparato fue suficiente para que el muchacho moviese por fin el trasero, sin pronunciar palabra con su gutural sonido de club de campo.

Y ahora está allí, en plena noche, medio muerto de frío, en mitad de un entorno de oscuridad infinita, clavados los pies sobre el andén de una estación de pueblo, mirando incrédulo los dos cadáveres. Hoy hace dos semanas de su llegada, las cajas sin terminar de desembalar, y ya tiene un doble asesinato que resolver. ¡Es mala suerte! En este pueblo no ha habido un homicidio desde la guerra civil, pero yo vengo a buscar paz y a alguien se le tiene que ocurrir emprenderla con estas dos señoras.

El inspector ya no duda del mal fario que le persigue porque del caso no tenía que encargarse el Cuerpo Nacional de Policía, al que él pertenece, sino la Guardia Civil, que es la que lleva los asuntos de los pueblos. Si creyera en Dios, Argimiro pensaría que le estaba poniendo a prueba, una y otra vez, y si no que le expliquen qué burla del destino le ha llevado a estar en Segovia, justo en la única ocasión, en toda la larga historia negra de España, que la Guardia Civil ha quedado fuera de servicio por una boda. Esa misma mañana el comisario les había anunciado que por motivos ajenos, la comisaría tendría que encargarse durante unos días de los asuntos de orden público y delincuencia más graves de la provincia porque de las cuestiones que él calificó como «menores», entre las que incluyó, sin reparo, los malos tratos a mujeres, se podrían encargar los números de la Guardia Civil de cada pueblo.

—Es la hostia, señores. Pero los jefazos de la Benemérita se han intoxicado. ¡Tiene cojones! Toda la plana mayor